

El mito de la felicidad

Obra en un acto de Jorge Silva

Personajes:

MAURICIO, psicólogo, 25 años.

MARIANA, su paciente.

ESTELA, ex- novia de Mauricio.

UN ASALTANTE.

-ACTO ÚNICO-

Escenario: En el centro hay una estructura en forma de puente. Más cerca del público, del lado izquierdo, un retrete en donde está sentado MAURICIO. Del otro lado hay una silla de madera y un sofá. Al lado de éstos una mesita en donde está el teléfono y un retrato de ESTELA. Al dar inicio la representación todo estará oscuro. Un especial ilumina a MAURICIO. Tiene una micrograbadora en una mano, y en otra un frasco de pastillas.

MAURICIO: (Grabando) Éste es el testimonio de mi fin. Desde hace días mi situación se ha vuelto sencillamente insostenible; mi existencia, miserable. A cada segundo me pesa estar viviendo en este mundo tan...bueno, no encuentro palabras, me fastidia tener que buscarlas; así que dejaré el adjetivo a elección de los que escuchen esto. No sé que más decir, bueno...hablaré de lo que me motivó a hacer esto... (Se detiene unos momentos) ¡Soy un fracasado! Un fracasado en el amor, en el trabajo, en las relaciones familiares...en la vida misma. (Medita un poco) En cuanto al trabajo...de verdad, pongo todo de mi parte para ayudar a esa gente, pero es que simplemente nunca le atino a lo que les pasa. No se lo había querido decir a nadie, pero, hace dos días uno de mis pacientes fue a dar a la cárcel por navajear a su esposa. Bueno, es que el tipo se tomó de forma muy literal lo que le aconsejé cuando lo dí de alta; digo, eso de cortar de tajo todos tus problemas no se aplicaba a su mujer. Yo sé que debí haberme inclinado a las ondas esas de la computación. Es lo más fácil, y de lo que hayas trabajo más rápido. Claro, eso si tienes suerte. Pero no, tuve que seguir a Estela a la Facultad de Psicología. Nunca entendí ni madres, sólo entré y seguí en la escuela por ella, por estar a su lado. La amaba, la sigo amando. Pero ella me cambió por el pendejo ese, el pinche ingeniero en sistemas: "Perdóname, pero la computación es la carrera del mañana, es el futuro". ¡A la chingada! Eso es lo que iba a estudiar yo, ¿Y por qué no lo hice? ¡Por ella! En un par de horas más, se estarán casando. Y más tarde, en la fiesta, todos sus amigos y familiares van a brindar por su felicidad y por que tengan muchos hijos, para lo cual, forzosamente, tendrán que coger, cosa que ella nunca quiso hacer conmigo. Y para rematar, en algún momento de la fiesta, quizá cuando ella vaya al baño después de aventar el ramo, su mejor amiga le dirá: "¿Sabes?, ¡qué bueno que te casaste con Rafa y no con el idiota ese del Mauricio!". Y sí, sí, Estela, tú eres la culpable de todo lo malo que me pasa. Por ti es que voy a hacer esto. Me imagino en los titulares: joven despechado se mata justo la noche de la boda de su ex-novia. Por cierto, ojalá que el periódico llegué hasta Hawaii, paraíso en el que Estela y Rafa pasarán su luna de miel. Bueno, creo que ya es hora, sólo una cosa más: los perdono a todos por hacerme la vida miserable. Los quiere, aunque no lo crean y esa va por ti, Estela...Mauricio Reséndiz. (Pausa de unos segundos. Deja la actitud de confesión y empieza a hablar para sí) Bueno, ahora sí voy a grabarlo.

Toma el frasco y vierte el contenido en su mano. Contempla las pastillas unos segundos en una actitud reflexiva. Mira al cielo y luego se encoge de hombros como diciendo "¡Qué remedio! Acerca la grabadora y la mano con las pastillas a la altura de la boca. Se sienta en el tanque del retrete.

MAURICIO: Éste es el testimonio de mi...

Se escucha un sonido bastante fuerte: alguien tocando una puerta con la palma extendida. Mauricio se sobresalta y tira la grabadora y las pastillas que van a dar al retrete. Se escucha la voz de su padre, desde afuera.

PADRE: (Off) ¿Pues qué tanto haces allá adentro, eh? ¿Qué crees que el baño es nada más tuyo? Por si no lo sabías, todos en esta casa cagamos.

MAURICIO: ¡Mierda!

Se agacha para sacar las pastillas del retrete, mete las manos al interior y logra rescatarlas, pero al momento de acercárselas al rostro, se vuelve con un expresión de asco. Vuelve a tirarlas al retrete.

PADRE: (Off) Oye, si acaso estás haciendo lo que estoy pensando, ¿no te parece que ya estás largotón para eso?

Mauricio, rendido, se sienta en el suelo. Se recarga en el retrete llevándose las manos a la frente.

MAURICIO: ¡Chingada madre! Tengo que hacer algo.

Oscuro. Vuelve a oírse la voz del padre.

PADRE: (Off) Me está explotando la pinche vejiga, apúrate.

La luz ilumina ahora el área de la silla y el sofá. Ahí están sentados Mauricio y Mariana respectivamente. Ella luce por demás acongojada, sus ojos se ven llorosos. Mauricio la escucha con atención.

MAURICIO: ¿Y usted qué piensa de eso?

MARIANA: Pues que estoy mal.

MAURICIO: Mal, ¿por qué mal?

MARIANA: Porque no soy feliz, simplemente.

MAURICIO: Bueno, piense que la felicidad no es un estado permanente del ser humano, es decir, es como el hambre.

MARIANA: ¿Como el hambre?

MAURICIO: Sí, claro. Mire, cuando uno está hambriento, basta con comer para luego ya no lo estarlo. Así es la felicidad. De repente estás feliz, de repente no. Por eso no podemos ser felices, sino estar felices. ¿Entendió?

MARIANA: (Asimilando) Sí, creo que sí.

MAURICIO: Ahora, dígame qué piensa.

MARIANA: Que no estoy feliz, y que tengo mucho tiempo de no estarlo.

MAURICIO: Bueno, creo que ese es un avance.

MARIANA: Mire, yo creo que la génesis de todos mis problemas es que...

Suena el teléfono.

MAURICIO: ¿Me disculpa?

MARIANA: No hay problema

MAURICIO: (Por el teléfono) Sí, diga. ¿Cómo estás, Paco? Sí, yo igual; oye, pero ¿sabes algo? Ahorita estoy con una paciente; ¿no puedes llamar en un rato más? (Empieza a alterarse) ¿Qué, qué pasa? ¿Qué hay con Estela? (Se entusiasma un poco) Ah, ya sé qué me vas a decir. Dejo al ciber-pendejo, ¿verdad? (Desilusionado) ¿No? ¿entonces? (Empieza a descontrolarse) ¿Cuándo? ¡Putá madre!

Mariana voltea algo escandalizada, Mauricio la ve, avergonzado, sólo balbucea un "perdón".

MAURICIO: (Desesperado, pero tratando que Mariana no lo escuche) Paco, eso no puede ser. Estela no puede... Tengo que impedirlo. Paco, pero ella...ella es el amor de mi vida; no puede...y menos con ese güey. Mira, mis posibilidades de volver con ella van a disminuir considerablemente. (Sobresaltado) No, no, Paco, no puedo aceptarlo así nada más. Primero los mato antes de que... (A punto de llorar) Pero es que...¿por qué, Paco? ¿por qué? No te apures, hombre; de alguna forma iba a enterarme. No, despreocúpate, no voy a hacer nada contra ellos, pero no te prometo lo mismo de mí. Estaré bien, Paco. Sí, hablamos.

Cuelga el teléfono y vuleve a su silla. Se ve completamente abatido.

MARIANA: ¿Se encuentra bien?

MAURICIO: (Ausente) Sí, sí, estoy bien.

MARIANA: Podemos vernos después si usted quiere.

MAURICIO: (Trata de reincorporarse) No, para nada, señorita. Todo está en orden.

MARIANA: De verdad, creo que esa llamada lo perturbo, yo puedo esperar.

MAURICIO: No fue nada, fue una llamada sin importancia...

MARIANA: No, mire, usted se ve mal y...

MAURICIO: (Explota) ¡Qué no entiende que estoy bien!

Mariana mira asustada a Mauricio. Él, avergonzado, trata de reparar el daño.

MAURICIO: Disculpe, me exalté un poco.

MARIANA: Ya veo.

MAURICIO: Desea continuar por favor.

Hay una pausa. Mariana medita un poco.

MARIANA: Le decía, que creo saber cuál es la génesis de todos mis problemas.

MAURICIO: (Ausente, indiferente, no deja de ver la foto de Estela) Sí, ¿cuál es?

MARIANA: Verá, yo siempre he sido muy soñadora. Por lo mismo, desde muy pequeña, ya tenía idealizado todo mi futuro. Quería tener una casa enorme y llena de flores. Y por supuesto, casarme con un hombre muy inteligente y muy rico.

MAURICIO: (Molesto) ¿Por qué siempre las mujeres quieren casarse con hombres inteligentes y ricos? ¿Eh? ¡Dígamelo!

MARIANA: (Confundida) ¿Perdón?

MAURICIO: Sí, ¿que no pueden conformarse con hombres comunes y corrientes y con alguno que otro defecto?

MARIANA: Disculpe, pero, creo que lo del esposo inteligente y rico no tiene mucho que ver con lo que quiero decirle. Es algo así como una información adicional, una nota al pie de página. ¿Comprende?

MAURICIO: El que hace las preguntas soy yo, ¿comprendió usted?

MARIANA: Sí.

MAURICIO: Bueno, prosiga.

MARIANA: Le decía. Yo siempre he vivido en mis anhelos, en el futuro. Era una de esas niñas que creía que con sólo desear las cosas, podía uno tenerlas; pero resultó que no era así.

MAURICIO: Por supuesto que no es así. De ser así, yo...prosiga.

MARIANA: (Empieza a molestarse) Por desgracia, hay cosas, que por más que uno lo desee, jamás estarán en nuestras manos.

MAURICIO: Sí, es cierto.

MARIANA: (Va sobresaltándose poco a poco) Crees que has nacido para dedicarle tu vida a eso que tanto te llama. Pero un día, la realidad te da de culo contra el piso y te das cuenta de que no. Eres muy buena para cosas que detestas, pero no para aquello que es tan importante, tan grande, tan vital. Simplemente no naciste para eso y ya, se acabó.

Suena una alarma, el reloj indica que la sesión ha terminado.

MAURICIO: Tiempo. Nos vemos mañana.

MARIANA: Oiga, pero, apenas voy a decirle qué me pasa.

MAURICIO: Lo sé, pero ya se acabó el tiempo. Es solamente un hora.

MARIANA: ¿Y no me va a reponer lo de la llamada?

MAURICIO: Lo siento, pero tengo que salir.

MARIANA: ¿Ya? ¿en este momento?

MAURICIO: De inmediato.

MARIANA: No puede hacerme esto.

MAURICIO: Oh, sí, sí puedo.

MARIANA: (Indignada) Es usted una persona muy poco profesional. ¿No le interesan sus pacientes?

MAURICIO: Sí, mientras dura la sesión.

MARIANA: No puedo creerlo. Me asquea el que haya tan poca consideración hacia el dolor humano.

MAURICIO: ¿Qué sabe usted del dolor?

MARIANA: Estaba a punto de dar con lo que me inquietaba y por su culpa...

MAURICIO: (Estalla) Mire, ya me colmó el plato. No me importa que ahora no tenga la casota de Barbies con la que soñó desde niña, ni su Ken forrado de billetes. Lo único que me interesa es que ya se acabó su hora de consulta, que yo no me siento bien y quiero largarme al carajo y que usted ya me fastidió.

Mariana lo contempla indignada. Hay una pausa en la que Mauricio se tranquiliza, recapacita y cambia su actitud.

MAURICIO: Discúlpeme, creo que...

Mauricio no termina de decir la frase cuando recibe una bofetada de parte de Mariana.

MARIANA: Es usted un tipo nefasto. ¡Valiente psicólogo! Tan bueno es que no puede ni ayudarse a sí mismo. (Sale momentaneamente de escena, vuelve a entrar) Y déjeme decirle una cosa: sí se puede ser feliz, aunque ni usted ni yo lo seamos. (Sale)

Mauricio la ve salir. Se acerca a la mesita y toma entre sus manos el retrato de Estela. Lo contempla unos segundos y después, lleno de furia, lo arroja al suelo. Oscuro.

Se ilumina el puente. Mariana está en medio con un diario en sus manos. Su mirada luce ausente. Contempla el diario unos instantes, luego lo abre y lo hojea. Se detiene en una página. Empieza a leerla en silencio.

MARIANA: (Off) ¡Cómo desearía llegar hasta ti! Besarte y amarte. Pero eres una estrella lejana, inalcanzable. Me enigmatizan tus ojos de cielo, tu rostro de ángel, y tu voz de río que corre.

Se escuchan voces de hombres y mujeres. Entremezcladas.

VOZ 1: (Off) Pues, es bastante cursi.

VOZ 2: Eso de la estrella lejana y los ojos de cielo como que ya chole, ¿no?

VOZ 3: ¿Sabes qué? Le falta punch.

VOZ 5: Está bonito, pero...

VOZ 5: ¿Y cómo le pusiste? ¿Oda a los lugares comunes?

VOZ 6: Me recuerda una canción de los Panchos.

Las voces comienzan a reírse. Risas burlonas, bufonescas. Mientras esto se escucha. Mariana empieza a deshojar el diario con una actitud febril, dejando caer las hojas hacia el fondo del puente. Finalmente arroja el diario. Lloro unos segundos y luego sale corriendo de escena. Oscuro.

El puente empieza a iluminarse de nuevo, está vez poco a poco. Se escucha a Mauricio cantar torpemente una canción: "Se me olvidó otra vez". Cuando ya el puente está totalmente iluminado entra Mauricio. Lleva en su mano una botella de vino barato. Notamos que está completamente borracho. Se detiene en medio del puente y deja de cantar. Se recarga en el barandal y le echa un vistazo al vacío.

MAURICIO: Ay, güey, ¡pero qué alto está esto! ¡Cómo me gustaría que el pendejo del Rafa se cayera desde acá arriba y se hiciera mierda cuando llegara al piso! Pero, bueno, en vista de que por ahora va a estar un poco difícil, el que se haga mierda será otro. ¿Quién? Pues, yo mero, su atento y seguro servidor. El distinguido psicólogo Mauricio José Reséndiz Vázquez. (Mira su reloj) Para esta hora ya deben de estar en la recepción. Ya se juraron amor eterno frente al altar. Y al momento en que el padre preguntó si había alguien que tuviera una razón para impedir ese enlace, lo único que se escuchó fue el estornudo del monaguillo que se había enfermado de gripa una tarde antes, cuando estaba jugando fútbol en medio de una torrencial lluvia. ¿Y dónde estaba yo? Impidiendo la boda de dos pobres inocentes que tuvieron a bien contraer nupcias en la Iglesia de San Pedro de los Olmos, cuyo nombre es muy fácil de confundir con el de la Iglesia de San Pedro de los Nogales, en la cual se unieron Estela y Rafa hasta que Dios y la muerte los separen. ¡Putamadre! Tienen razón, el pinche alcohol sí que apendeja. (Voltea a ver el barandal) Bueno, al mal paso darle prisa.

Torpemente brinca el barandal y queda expuesto al vacío, más aún sujetado a la viga del barandal.

MAURICIO: Aquí nadie me va a interrumpir. Podré suicidarme a gusto.

Entra Estela corriendo por el puente. Lleva puesto su vestido de novia. Voltea a ver hacia todos lados, como buscando a alguien. Ve a Mauricio y se acerca a él.

ESTELA: Mauricio, al fin te encontré.

MAURICIO: (Sorprendido) ¿Estela? ¿Estela, eres tú?

ESTELA: Sí, mi amor, soy yo.

MAURICIO: Estela, mi vida. No puedo creer que estés aquí.

ESTELA: Me di cuenta de cuánto te amaba, y por eso he venido a buscarte.

MAURICIO: ¿Cómo sabías dónde estaba?

ESTELA: No sé, me lo imaginé.

MAURICIO: Sabía que ibas a recapacitar. No podías casarte con ese pendejo del Rafa.

ESTELA: Pero, ¿qué estás haciendo ahí?

MAURICIO: (Aniñado) Iba a matarme por lo de tu boda.

ESTELA: ¡Santo Dios! Sí que llegué a tiempo. Pobre de ti, te he hecho tanto daño. Pero, ven, no te quedes ahí. Es muy peligroso.

MAURICIO: Ya voy para allá.

Vuelve a brincar el barandal, ahora de regreso. Hay un momento, en el que por poco y cae, pero logra sujetarse. Cuando ya está seguro, se abraza con Estela.

ESTELA: ¿Cómo pude ser tan tonta? ¿Qué estaba pensando cuando te dejé y me fui con Rafael?

MAURICIO: Ya no pienses en eso, linda. Ahora estamos juntos, como debía ser. (Se besan) Pero, cuéntame, ¿qué pasó? ¿qué hizo Rafael?

ESTELA: Estábamos en la Iglesia, justo en la parte esa donde el padre te pregunta si aceptas o no. Bueno, le preguntó a Rafael y él dijo que sí con una sonrisa de oreja a oreja.

MAURICIO: ¡Pendejo! ¿Y luego?

ESTELA: Después me preguntó a mí, y no sé por qué en ese momento volteé a ver la imagen del santo de la iglesia, San Pedro de los...de los...ay, ¿qué árboles eran?

MAURICIO: Nogales.

ESTELA: Sí, eso, nogales. Bueno, total que volteé a verlo y...ocurrió algo sorprendente.

MAURICIO: ¿Qué? ¿qué pasó?

ESTELA: Pues...ay, no sé si me lo vas a creer, con eso de que tú no eres muy devoto.

MAURICIO: No importa, termina de contarme.

ESTELA: Pues, sucede que la imagen...comenzó a hablarme.

MAURICIO: ¿Te habló? ¿y qué te dijo?

ESTELA: Me dijo que sería una pendeja si me casaba con Rafael.

MAURICIO: ¿Eso dijo San Pedro?

ESTELA: Sí, así con esas palabras. Y también dijo que sólo sería feliz si me casaba contigo. Ya para que me lo haya dicho un santo es que debía ser cierto. Así que recapacité y salí corriendo de la iglesia sin decir nada. En la huida pude ver la cara de los invitados, no podían creerlo.

MAURICIO: ¡Cómo me hubiera gustado verle la cara al Rafael!

ESTELA: (Abraza a Mauricio) Perdóname, Mauricio. Te hice tanto daño.

MAURICIO: ¡Bah! Nada que un poco de calor humano no pueda remediar.

ESTELA: Para que veas cuánto te quiero, y cuánto siento lo que te hice, estoy dispuesta a acceder a eso que tanto me insistías.

MAURICIO: ¿A eso?

Estela asiente pícaramente.

MAURICIO: ¡Pues que a toda madre!

ESTELA: (Sugestiva) Fui una mojigata, pero ahora verás cuán salvaje puedo ser.

MAURICIO: No puedo creer que esto esté pasando. Soy tan feliz.

ESTELA: No, no eres feliz. Estás feliz, y pronto dejarás de estarlo.

MAURICIO: (Confundido) ¿Perdón?

ESTELA: Sí, y eso de que no crees que esté sucediendo es bastante atinado porque en realidad no está sucediendo.

MAURICIO: A ver, a ver, hay algo aquí que no alcanzo a comprender muy bien.

ESTELA: Es muy sencillo. Yo no soy Estela, soy una alucinación tuya, producto del alcohol.

MAURICIO: ¿Tú no eres Estela?

ESTELA: No, la verdadera Estela debe estar partiendo su pastel en estos momentos. Lo siento, adiós.

Estela sale de escena. Mauricio la contempla confundido. Permanece sin reacción unos segundos, hasta que después, de forma mecánica, y torpe por el alcohol, vuelve a brincar el barandal. Mientras esto pasa, entra a escena Mariana; ella también se ve abatida. Se detiene en un extremo del puente, y se recarga el barandal para observar el fondo. Traga saliva y se turba un poco al ver la profundidad. Medita unos instantes, se arma de valor y salta el brandal justo como lo hiciera Mauricio. Ninguno de los dos se ha percatado de la presencia del otro.

MARIANA: (Para ella) Ya no soporto más. Espero que esto sea la solución.

MAURICIO: (Escucha a Mariana) ¿Quién anda ahí?

MARIANA: (Algo asustada) Ay, (ve a Mauricio, aún no lo reconoce) ¿quién es usted?

MAURICIO: Yo hago las preguntas, ¿quién es usted?

MARIANA: (Admirada) ¿Es usted mi psicólogo?

MAURICIO: ¿Señorita López? ¿Mariana?

MARIANA: Sí, soy yo. ¿Qué hace aquí?

MAURICIO: Pues, vine a...

MARIANA: No me diga que vino a ayudarme.

MAURICIO: No exactamente. Vine a ayudarme a mí.

MARIANA: No lo entiendo.

MAURICIO: Bueno, es difícil de explicar. (Empieza a acercarse a ella y ve que está a punto de tirarse igual que él) Aunque no creo que sea difícil de entender.

MARIANA: (Sorprendida) ¿Usted también?

Mauricio asiente con orgullo.

MARIANA: (Sin salir de la sorpresa) Pero, ¿usted? ¿Cómo...?

MAURICIO: Ya lo ve. Yo también tengo problemas.

MARIANA: ¡Qué coincidencia! ¿no? ¿Sabe? Por un momento pensé que usted era un ángel guardián que venía a impedir que me tirara.

MAURICIO: ¿Un ángel guardián? Esa sí estuvo buena.

MARIANA: ¿Y qué es lo que lo trae por acá? Digo, ¿por qué...?

MAURICIO: (Evasivo) Pues, nada. No es por ninguna razón en especial, y menos por alguna persona en específico...

MARIANA: (Interrumpe) La del retrato de su oficina, ¿verdad?

MAURICIO: (Se sincera) Sí, hoy se casa con otro.

MARIANA: ¿Y sólo por eso se va a tirar del puente?

MAURICIO: (Cínico) No, también porque se murió mi gato. Bueno, ¿que no le parece razón suficiente?

MARIANA: Es que para verlo en el estado que está, y a punto de tirarse de un puente, me imaginé que lo que le perturbaba era algo muy serio. Como usted se veía tan estoico, tan imponente, tan dueño de la situación. Jamás pensé que todo se redujera a un lío de faldas.

MAURICIO: (Molesto) Ah, ¿y a poco lo suyo es tan terrible? ¿Qué le paso? ¿la violó su papá? ¿mató a su madre?

MARIANA: Lo que me pase, no es asunto suyo. Ya una vez tuvo oportunidad de saberlo y la perdió porque... (lo arremeda) ¡tiempo!

MAURICIO: ¡Cómo si mi vida dependiera de saber lo que le pasa!

MARIANA: Está bien, se lo diré. Desde niña tuve un sueño: ser poetisa. La Sor Juana del siglo XXI. Nunca hubo otra cosa en mi mente que hacer poemas. Cuando cumplí quince años, mi tía me regaló un diario; ahí empecé a plasmar mis primeros escritos, mis primeros pensamientos de mujer.

MAURICIO: (Aún cínico) Ya entiendo, quiere suicidarse para que digan que es muy romántica. Fíjese, podría ser la Manuel Acuña del siglo XXI.

MARIANA: (Molesta) ¡Quiere esperar a que termine! (Poco a poco le va ganando el llanto) Pese a que amo la poesía y que pasó horas y horas escribiendo poemas, por alguna extraña razón, a ninguno de los poetas a los que se los he mostrado le han gustado. Dicen que me falta ingenio, y que esa manera de escribir caducó hace mucho tiempo.

MAURICIO: (Ya algo más sereno) Bueno, eso debe ser frustrante; sin embargo no es para tanto. Usted todavía puede casarse y ser una feliz ama de casa.

MARIANA: Es que aún no he terminado. Lo que sigue es aún más tétrico. Hace unos tres años, empecé a buscar trabajo. Una amiga me invitó a un grupo musical donde ella estaba, usted sabe, uno de esos que cantan en bodas y fiestas. Total, me hicieron una prueba y quedé. El dueño del grupo estaba fascinado con mi voz. Poco a poco mi amiga fue pasando a segundo plano, hasta que la despidieron. A mi no me gustaba eso de cantar, pero dejaba buen dinero y era entretenido. El problema llegó en una fiesta cuando un hombre se me acercó. Me dijo que era de una compañía disquera, y que estaba interesado en hacerme un disco.

MAURICIO: ¿Y eso que puede tener de traumático? Digo, a mucha gente le gustaría tener un disco.

MARIANA: Sí, pero ¿grupero? (Sobresaltada) Quería que fuera como una de esas viejas con botas, sombrero, y top de piel de pitón. ¡Hágame el favor! Una poetisa bailando cumbias delante de miles y miles de personas. Lo peor de todo es que finalmente acepté.

MAURICIO: ¿Aceptó?

Mariana saca de una bolsa de su ropa un disco compacto que luego le muestra a Mauricio.

MAURICIO: ¿Usted es Zoraida, la de las Espuelas Negras?

MARIANA: Sí, ese es mi nombre artístico. ¿No se le hace que parezco ramera en la fotografía?

MAURICIO: Sí, (Recapacita) digo no. Se ve bien. Pero, dígame, ¿por qué suicidarse? Según sé, su grupo tiene éxito.

MARIANA: Zoraida tiene éxito, pero ¿Mariana, la poetisa? A pesar de que yo escribo las letras de mis canciones, no siento que sean muy poéticas. Mucha gente las crítica y...(Rompe en llanto) Ay, es tan frustrante. ¿Cómo quiere que continúe viviendo si me dedico a algo que detesto.

MAURICIO: A mí me pasa igual, no se preocupe.

MARIANA: (Aún llorando) Puedes tutearme si quieres.

MAURICIO: Conmigo igual, ¿eh? Dime una cosa: ¿estás segura de querer hacer esto?

MARIANA: Totalmente. Ya estoy harta de que las cosas no salgan como yo quiero. ¿Y tú?

MAURICIO: Sí, también. No sé si a ti te pase, pero, cada vez que algo me agobia, me imagino con una pistola en la cabeza.

MARIANA: (Entusiasmada) Sí, a mí también me pasa. Según un amigo ese un signo de la posmodernidad.

MAURICIO: ¡Quién sabe! (Hay una pausa de unos segundos) Espero que me disculpes por no haberte escuchado esa vez.

MARIANA: No hay problema, me escuchaste ahora.

Otra pausa en la que ambos meditan en silencio y observando hacia diversos puntos. En una de esas, sus miradas se encuentran y se sonríen.

MAURICIO: Pues, ya es hora, ¿no?

MARIANA: Sí, creo que sí. Una cosa, ¿podrías tomarme de la mano? Me agrada más la idea de morir acompañada.

MAURICIO: Claro, ¡encantado!

Se toman de una mano. Voltean hacia el abismo y suspiran intimidados.

MAURICIO: Bien, esto es en honor de esas dos putas que mandaron al diablo nuestras vidas : Estela y Zoraida.

MARIANA: Y también por el mito ese llamado felicidad.

MAURICIO: Va, pues.

Ambos cierran los ojos, se aprietan de las manos y se preparan a saltar. En eso, hace su entrada un asaltante, quien los amenaza con una pistola.

ASALTANTE: No se muevan, esto es un asalto.

Lentamente, Mauricio y mariana abren los ojos y voltean a ver al asaltante.

MARIANA: (Incrédula) ¿Perdón?

ASALTANTE: He dicho que esto es un asalto. Levanten las manos.

MAURICIO: Lo haríamos con gusto, pero...

Mauricio le señala el abismo con la mirada.

ASALTANTE: Bueno, está bien, no tienen que levantar las manos; nada más quiero que me den todo lo que traigan de valor.

MARIANA: Un tanto molesta) Señor, ¿no se da cuenta? Estamos ocupados. Vamos a suicidarnos.

ASALTANTE: Me importa madres lo que estén haciendo. Denme todo lo que traigan o ya no la cuentan, hijos de la chingada.

MARIANA: ¡Qué poca consideración la suya!

MAURICIO: Oiga, de verdad, esto es importante. ¿No puede dejar que nos tiremos y luego ya abajo usted recoge todo lo que le interese? Es que esto nos urge.

ASALTANTE: Se creen muy chistositos, ¿verdad? Miren, si no me dan el dinero a la de ya, los voy a dejar con más agujeros que la capa de ozono.

MARIANA: Oye, Mauricio. Creo que el señor asaltante podría ayudarnos.

MAURICIO: ¿A qué te refieres?

ASALTANTE: (Extrañado) Sí, ¿a qué se refiere?

MARIANA: Pues, que tal vez él podría hacernos el favor de matarnos.

MAURICIO: ¿Qué? Pero ¿te has vuelto loca?

MARIANA: ¿Por qué no? Al fin y al cabo vamos a morirnos.

MAURICIO: Pero no es lo mismo. Nunca se va a comparar ser asesinado que suicidarse.

MARIANA: ¿Por qué?

MAURICIO: Mira, ponte a pensar: cuando encuentren nuestros cadáveres, ¿a quién van a culpar?

MARIANA: Pues al señor asaltante.

ASALTANTE: (Que seguía la plática con interés) Bueno, eso si logran dar conmigo.

MAURICIO: Supón que culpan a un equis, un pandillero, un asesino serial, un miembro de una secta satánica, ¿qué sé yo? Un desequilibrado. La gente que nos conoce se la pasará culpando a este pobre tipo por nuestras muertes. Nos llorarán, dirán: "eran tan jóvenes, tenían tanto futuro". Y sus conciencias, en santa paz.

MARIANA: Bueno, sí, ¿y luego?

MAURICIO: ¿Como que y luego? Si nos estamos suicidando es para que ellos vean que éramos infelices, y que se sientan culpables de nuestras muertes. Ser asesinado es ser víctima de las circunstancias; en cambio suicidarte te pone en un nivel más alto. Así nos iremos a donde tengamos que irnos con la satisfacción de que nosotros decidimos dejar de existir en este mundo.

MARIANA: Claro, si no, ¿qué caso tiene?

ASALTANTE: Sí, es cierto. Entonces, ¿qué? ¿Se brincan el barandal para que me den todo o de ahí me lo dan?

MAURICIO: (A Mariana) ¿Cómo ves? ¿nos cruzamos?

MARIANA: Sí, ¿no? Así le damos todo con más comodidad.

Mauricio y Mariana se disponen a saltar de nuevo el barandal, pero en el intento rebalan y caen, lanzando un grito de terror. En ese preciso momento, las luces se apagan.

El oscuro dura algunos momentos. Poco a poco se va escuchando el tema "Don't worry, be happy", al tiempo que la luz nos permite ver a Mauricio y a

Mariana sentados sobre unos retretes frente a frente en la parte central de escenario. Mauricio le muestra a Mariana algunas tarjetas con manchas de tinta.

MAURICIO: ¿Qué es lo que ves?

MARIANA: Una pistola.

MAURICIO: (Pasa a otra tarjeta) ¿Y aquí?

MARIANA: (Duda un poco) ¿Un charco de sangre?

MAURICIO: No me preguntes, es lo que tú veas. (Pasa otra tarjeta) ¿Aquí?

MARIANA: Esa está fácil, un cementerio. ¡Qué bonito! ¿no?

MAURICIO: (Pasa a la tarjeta) Aquí. Dime qué es lo que ves.

MARIANA: (Duda, la observa detenidamente) Es...(con duda) la muerte...no, no, no, ya sé, es la felicidad.

Mauricio ríe de forma espontánea. Mariana, extrañada, lo observa.

MARIANA: ¿Qué?

Mauricio continúa riendo, poco después, Mariana se contagia y los dos terminan a carcajada suelta. Se calman un poco, después voltean a ver al público y vuelven a atacarse de risa, la cual prosigue mientras las luces descienden hasta el oscuro final.